SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA

El sentido práctico

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

EL SENTIDO PRÁCTICO

EL SENTIDO PRÁCTICO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el 3 de Diciembre de 1917

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

[14]

A mi hermana Prudencia.

Inteligencia clara y alma noble del más fino temple, como la heroína de esta comedia.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA......................	Mercedes Pardo.
CAROLINA......................	María Luisa Moneró.
CONCHA.......................	Concha Zeda.
DOÑA LOLA....................	María Brú.
BARONESA DE PUERTO VIEJO	Concha Bermejo.
GLORIA........................	Magdalena Abrines.
RAFAEL........................	José García Aguilar.
DON ANGEL....................	Enrique Navas.
DON MARIANO................	Pedro González.
JOAQUÍN......................	Francisco Alarcón.
UN CRIADO....................	Enrique Echevarría.

La acción, en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante

ESCENA PRIMERA

CAROLINA y JOSEFINA

(Al levantarse el telón aparecen arreglando unos búcaros.)

CAR. La verdad es que no hay nada más decorativo que las flores.

JOS. ¿Te gustan mucho?

CAR. Sí. Ya te digo que me parecen muy decorativas.

JOS. A mí me gustan con delirio. Cuando mi pobre papá estuvo destinado en Sevilla, vivíamos en una casa que tenía un patio rodeado de guirnaldas de rosas, aparte de las macetas que había entre las columnas y alrededor de la fuente. Era un encanto el patio aquél. Pues llegó a tener fama de bien cuidado, y tú sabes que las mujeres sevillanas cuidan sus macetas con un esmero y un cariño... Es que ponen verdadero amor en las flores.

CAR. Pues, hija, no es para tanto. Están bien, son bonitas y adornan mucho; pero de eso a volverse una loca por un tiesto de geráneos o una mata de claveles...

JOS. Es cuestión de costumbre. Yo, en Sevilla, me acostumbré a quererlas.

CAR. Bueno, Josefina. Ahora no te vayas a poner cursi.

JOS. ¡Ah!, ¿te resulta cursi hablar de flores?

CAR. Me resulta... provinciano.

ESCENA II

DICHOS, CONCHA y DON ANGEL

CONCHA ¡Lina! Pepe me ha encargado de rogarte que le dispenses. Ha tenido que ir al Congreso. Ya sabes... como ahora hay tanta marejada política... Hasta que no aprueben esa ley...

CAR. (Con enojo.) Me es igual, está dispensado. Lo siento por ti, porque al fin y al cabo es tu marido. Los comentarios que haga la gente serán más molestos para ti que para nadie.

CONCHA Mujer, ¡qué comentarios ha de hacer la gente! Demasiado comprenderán lo que son los deberes políticos. ¿Va a suponer alguien que su gusto no sería permanecer esta tarde con nosotras?

CAR. No, lo que supondrán es que no sabe...

CONCHA ¡Lina!

CAR. La verdad. No sabe estar en una reunión de gente medianamente distinguida. El pobrecito se aburre. No se le ocurre nada. No sabe estar sentado, ni levantarse, ni moverse...

CONCHA Que exageración.

CAR. No, si no es culpa suya. La educación que él ha recibido no es para otra cosa. En una taberna viendo despachar aguardiente a sus padres...

CONCHA Creo que nuestra sangre no es azul.

CAR. Pero tampoco es de color de vino.

CONCHA Tú censuras en él lo que es más estimable. Un hombre de origen humilde que ha sabido elevarse y hacerse una posición respetada por todos...

CAR. Di mejor que es un hombre que ha sabido casarse... contigo.

CONCHA ¿Es que su carrera de abogado la ha hecho también después de casarse? ¿Es que no le ha costado mucho tiempo y mucho trabajo obtener el título?

CAR. Eso da idea de su capacidad.

CONCHA ¡Lina!

JOS. Por Dios, Lina, cálmate.

CONCHA No parece sino que una carrera se estudia en cuatro días, y, sobre todo, no parece sino que todos los abogados llegan a ser diputados a Cortes como él.

CAR. Todos. Cuando tienen un suegro como papá.

CONCHA De bastante serviría el dinero si él no tuviera talento para aprovecharlo, y si no, ya veremos con el tiempo.

CAR. Sí, llegará a ser... gobernador de Lugo. Para que no emigren sus parientes.

CONCHA Estoy aguantando tus impertinencias con demasiada calma... porque miro que eres una criatura que no sabe lo que dice.

CAR. Mejor que tú; lo que oyes.

JOS. Pero Lina, cállate. ¡Pobre Concha!

CONCHA Quiera Dios que todos esos insultos no se vuelvan contra ti. Ya veremos tú con quién te casas... Con algún título tronado que te abandone luego y malgaste la fortuna tuya... Con algún pillo que nos haga desgraciados a todos.

CAR. Es cuestión de educación; pero prefiero esa estirpe al abolengo vinatero. Si soy desgraciada, yo lo he de padecer.

CONCHA ¿Tú sola? ¿Piensas que los demás no padeceríamos viéndote sufrir?

CAR. No hay motivo para enternecerse, porque mis intenciones siguen otro camino. Va mucha diferencia de un aristócrata sin dinero a un ingeniero industrial. Aunque siempre habrá más diferencia entre él y un abogado sin pleitos.

CONCHA Esto es ya intolerable. Te ruego que calles inmediatamente, porque si continúas voy a tener que cruzarte la cara.

JOS. Por Dios, Concha... Lina, por Dios.

CAR. Ahora estás en tu papel... ¡Chula disfrazada!

CONCHA Tú sí que lo eres. Presumes de educación y eres una rabanera estúpida y soberbia. (Se aproximan amenazadoras.)

JOS. Por Dios, don Angel, doña Lola. (Entran don Angel y un Criado.)

ANGEL ¿Qué es eso? ¿Qué disputa es esa? (Al Criado.) Retírese usted. (Las dos lloran.) Vamos, ¿qué ha ocurrido? ¿Cuándo se ha escandalizado en esta casa? Algo grave debe de ser...

JOS. No, señor; si no ha pasado nada... si no ha.

bía motivo... Ha sido Lina, que está hoy muy nerviosa...

CONCHA ¿Lo ves, papá? Hasta Josefina comprende que tengo razón.

ANGEL Pero sepamos lo que ha ocurrido. Cálmate y habla. Di algo tú, Lina. ¿Por qué ha sido esta riña, que nunca ha habido entre vosotras?

CONCHA Porque la dije que Pepe se había tenido que ir al Congreso... No puede usted figurarse las enormidades que ha dicho, los insultos, las ofensas. Que diga Josefina cómo se ha puesto.

ANGEL (A Lina.) ¿Es eso todo lo que te ha molestado?

CAR. Sí, señor; porque es una desatención muy grande, una grosería, en el día de mi santo no estar aquí para recibir a nuestras relaciones. Esa es una falta de educación que únicamente él es capaz...

ANGEL Cuidado con lo que dices, ¿eh?

CONCHA Sí, Pepe es muy bueno. Pepe es un santo, cuando le trae y le lleva como un zarandillo, y para una vez que se ha negado a sacrificarse...

CAR. Vaya un sacrificio.

CONCHA ¿No lo es? ¿Abandonar sus obligaciones para que tus pretendientes puedan estar con más libertad?

ANGEL ¿Es que van ustedes a continuar la discusión?

CONCHA No, papá. Ya me callo.

ANGEL Estas disputas no deben existir entre hermanas. ¡Vaya! ¿Qué dirá cualquiera que os oiga? ¿Qué dirán los criados? ¿Josefina mismo, tu antigua compañera de colegio, que viene a pasar el día contigo tan contenta? ¿No pueden creer falta de educación lo que es un exceso de confianza entre vosotras?

JOS. No, don Angel. Yo conozco bastante a todos ustedes y sé lo que son las riñas entre hermanos... En todas las familias se producen, precisamente por los motivos más insignificantes.

CAR. Pero no con el lenguaje de Concha.

CONCHA Ni con la intención tuya.

ANGEL ¡Hemos acabado! ¿Hay motivo para un disgusto así, en un día en que solamente la

alegría debe reinar? ¿Que Pepe ha tenido que irse al Congreso? ¿Y qué? No va a faltar a sus deberes y desairar a su jefe por estar aquí esta tarde. ¡Si déspués de todo fuera necesaria su presencia! Pero, ¿no estoy aquí yo? Considera (A Carolina) que no es el santo de su mujer, sino el tuyo, y que las visitas que tengamos han de ser en su mayor parte de amiguitas tuyas y algunos jóvenes que vendrán a runrunear junto a todas ustedes. Vaya, hay que serenarse y que no se entere mamá de lo ocurrido. ¿Estamos? (A Carolina.) ¡Mimosa!..

CONCHA Así está ella. Todos son descaros.

ANGEL ¡Concha! ¿Es ese el ejemplo? He dicho que ha terminado todo, ¿eh?

LAS DOS (Se besan.) Sí, papá,

ANGEL Ahora a tranquilizarse, y que sea la última vez. Voy a aprovechar este ratito antes de que venga gente. (Se va.)

JOS. ¡Pobre don Angel! ¡Qué bueno es!

CAR. No merecía ese disgusto.

CONCHA Culpa tuya ha sido.

CAR. ¿Mía? El talento de su yerno. (Entra doña Lola y se sienta fatigada.)

ESCENA III

DICHOS y DOÑA LOLA

LOLA ¡Ay, hijas, estoy rendida!

CONCHA ¿Aún no te has vestido?

LOLA Todavía no; pero ya estoy dispuesta para el tormento.

CAR. Siempre dices lo mismo.

LOLA ¡Naturalmente! Por si no teníamos bastante con los lunes, viene un extraordinario.

CAR. ¿Te molesta?

LOLA No, hija; me he acostumbrado ya. Pero estoy deseando que te cases.

CAR. Cualquiera diría que soy un estorbo difícil.

LOLA ¡Qué disparate! En otros tiempos tal vez me preocuparía.

CAR. ¿Es que vienen por mi dinero?

CONCHA Hoy no se puede hablar con ella. Está insufrible.

CAR. Pues es verdad. Al oirla hablar así...

LOLA Mujer, lo venía a decir, porque yo nunca he andado en estos trotes, y, francamente, esto de las *receciones*, por más esfuerzos que hago me pone virulenta. No por nada, sino porque esta gente es de una tiesura... Como no queréis que vengan mis antiguas amigas...

CAR. Mamá, vivimos en un mundo distinto.

LOLA Pues yo me divertía más en el otro. Aquellas *suareses* donde se bailaba y se cantaba y donde una era algo; pero ahora...

CAR. También se divierten. La conversación tiene sus encantos.

LOLA ¿Y de qué vas a hablar? De todo lo que hables tienen más ellas, porque al dinero, como tienen menos que nosotros, hacen como que no le dan importancia... Voy a acabar de vestirme.

CONCHA Yo iré a ayudarte.

LOLA Vamos. (Volviéndose.) Lo que no me cabe en la cabeza es eso de que no haya que obsequiar a los que vengan.

CONCHA No, mamá. No hay que dar nada hasta la hora del té.

CAR. Es la moda.

LOLA ¿Estáis seguras? Hija, hace tan pobre que no haya nada, ni siquiera un dulcecito...

CONCHA Pues ya viste. En casa de las de Pinto no dieron nada.

LOLA ¿Qué van a dar esas? Si ya oísteis a Tournier que todavía no han pagado las pastas del verano último.

CAR. Porque tú también preguntas unas cosas...

LOLA No, no es por eso. Vamos, vamos, que se hace tarde.

(Se van.)

ESCENA IV

CAROLINA y JOSEFINA

JOS. Hija, cómo tienes hoy los nervios.

CAR. Hazme el favor de no hablar de nervios.

JOS. ¿También te resulta de mal tono?

CAR. Me resulta más cursi que hablar de flores.

JOS. ¡Bah!

(Entra un Criado con un ramo de flores y una tarjeta.)

CRIADO ¡Señorita! Este ramo...

JOS. ¡Qué hermoso!

CAR. (Friamente.) ¿A ver? (El Criado alarga el ramo.) No, la tarjeta. (Lee y la devuelve.) Póngalo con los otros en el recibimiento.

(Vase el Criado.)

JOS. ¿De quién es?

CAR. De Rafael.

JOS. ¡Pobre muchacho!

CAR. ¿Por qué?

JOS. Porque aún no se hado cuenta de tu preferencia por Justo. La ilusión ha ofuscado su inteligencia.

CAR. Di más bien que le ha cegado la ambición.

JOS. A ti no te ha interesado nunca. ¿Verdad?

CAR. Nunca. Y reconozco que es un muchacho simpático y agradable.

JOS. Es un buen artista.

CAR. Ese es el mayor inconveniente para mí. Con otra profesión, ¿quién sabe?

JOS. ¿No te gustan los artistas?

CAR. Para maridos, no.

JOS. ¡Qué lástima! Hubieras hecho su felicidad.

CAR. A costa de mi sacrificio.

JOS. Hablo del caso en que le hubieras querido tú.

CAR. Eso no podía ser. ¿Crees posible que yo me hubiera enamorado de él? ¡Vamos! Hubiera sido ridículo en mis circunstancias enamorarme de un pintor. Como asunto para una novela de folletín puede pasar: una señorita distinguida que se enamora y se casa con un artista pobre, pero honrado.

JOS. No tan pobre. ¿Tú no sabes valorar el talento?

CAR. ¿Quién lo duda? Pero es que yo no llamo talento a la mayor o menor habilidad de un artista.

JOS. ¿Pues cómo lo llamas?

CAR. Ya lo he dicho: habilidad. El verdadero talento se aplica a cosas más serias, tiene un sentido práctico de la vida. Un médico, un ingeniero, un abogado mismo pueden aspirar a casarse con una muchacha de mi posición y pueden ser maridos honrosos.

JOS. ¿Y un artista no?

CAR. Estás desatinada. ¿Cómo se va a casar una muchacha que se estime en algo con un hombre que no tiene título académico?

JOS. ¡Ah, vamos! ¿Esa es la razón de tu preferencia por Justo?

CAR. Esa es una de las razones. Justo es ingeniero industrial y además de tener una carrera brillante, pertenece a una familia muy distinguida. Comprenderás que para mí la elección no podía ser dudosa, pensando fríamente.

JOS. Ahora lo has dicho bien: pensando friamente.

CAR. Que es como se debe resolver la cuestión del matrimonio.

JOS. ¿Y el amor?

CAR. Viene después. Créeme que lo primero es elegir con acierto. Luego, tratándose, nace el cariño. Ya ves, hace quince o veinte días que Justo y yo nos conocemos, porque a eso de vernos de lejos en los teatros o en el paseo, no lo llamo yo conocerse. Pues en esos veinte días que llevamos tratándonos, no tienes idea del cariño que nos hemos tomado ya, hasta el punto de que anteayer, cuando se declaró a mí, sentí verdadera emoción al contestarle. Y estamos tan satisfechos uno de otro que hemos resuelto decírselo hoy, oficialmente a mamá, y pedirme dentro de ocho días, para celebrar la boda a los dos o tres meses.

JOS. Sí que va deprisa vuestro cariño.

CAR. Nunca me han gustado las relaciones largas. Si los dos estamos conformes en casarnos, ¿para qué vamos a estar haciendo los tontos?

JOS. Cuando se entere Rafael...

CAR. ¿A mí qué me importa? Esta tarde pienso decírselo a todas mis amigas, de modo que si él está delante, va a tener que oirlo.

JOS. Pues va a resultar muy violento para él. Se ha insinuado demasiado. Todo el mundo sabe que te hace el amor.

CAR. ¿Y yo qué culpa tengo?

JOS. Sin embargo, creo que debías buscar la manera de evitarle una situación tan desairada.

CAR. No sé cómo.

JOS. Dándoselo a entender. Hablándole aparte, discretamente.

CAR. Eso no. Sería darle una negativa sin haberse declarado.

JOS. No, mujer; eso depende de la forma en que se diga. Es cuestión de tacto. Pero yo insisto en que debías evitarle, en tu casa, una situación tan desairada y violenta.

CAR. Pues, háblale tú.

JOS. ¿Yo?

CAR. Nadie mejor. Tú eres discreta y sabrás decírselo con habilidad. Además él tiene una gran simpatía por ti.

JOS. A pesar de todo. Es una misión muy delicada y... desagradable para los dos.

CAR. Tú tienes autoridad sobre él. Es un admirador de tu talento. Según ha dicho siempre.

JOS. De ninguna manera; yo no le hablo.

CAR. Sí le hablarás, porque soy yo ahora quien te lo pide como un gran favor. Estoy pensando que esta tarde vendrá Justo y sería muy violento para mí que estando en relaciones formales, empezase Rafael la serie de sus alusiones amorosas: podría creer Justo que yo le había dado pie con alguna coquetería.

JOS. Ya sabe que no eres coqueta.

CAR. Por si acaso. Los hombres son muy recelosos. Te ruego que hables a Rafael y le hagas ver lo ridículo de su situación contra la voluntad mía... ¿Le hablarás? Es un favor que te pido y que te agradeceré mucho.

JOS. Es un asunto muy enojoso.

CAR. Pero así nos evitas a todos una situación violenta. Hazlo siquiera por mí.

JOS. Lo haré por ti... y por él.

CAR. En cuanto llegue, buscaremos un pretexto para que tengas ocasión de hablarle aparte. (Entran Concha y doña Lola.)

ESCENA V

DICHAS, DOÑA CONCHA y DOÑA LOLA

JOS. (A doña Lola.) ¡Qué elegante!

CONCHA Es bonito este vestido; ¿verdad?

JOS. Muy bonito.

LOLA Con lo que me cuesta este vestido sólo, se podría vestir una familia.

JOS. Ya lo creo.

LOLA Ya quisiera mi amiga la Baronesa, poder gastar en vestir lo que nosotras gastamos.

JOS. Me parece que esa señora no debe de andar muy bien de dinero.

LOLA No tiene una peseta... pergaminos nada más. Sin embargo, es una amistad que nos conviene, porque siempre da tono relacionarse con la aristocracia; sobre todo, ahora que a mi marido le han dado la cruz del mérito agrícola.

(Entra don Mariano.)

MAR. ¿Por dónde anda la gente? Muy buenas tardes. ¿Qué tal están ustedes?

(Saluda en conjunto. Contesta la familia.)

TODOS Muy bien, ¿y usted?

MAR. Tirandillo, gracias a Dios. ¿Y don Angel?

CONCHA En el despacho. Ahora saldrá.

CAR. (A la puerta del despacho.) ¡Papá!

MAR. No le molesten.

LOLA ¿Quiere pasar usted?

CAR. En seguida sale.

CONCHA Pero siéntese usted.

(Entra don Angel.)

ANGEL ¡Hola, Mariano!

MAR. ¡Chico, qué fuerte estás! Pues aquí, a felicitar a tu chica.

CAR. Nadie lo hubiera dicho.

MAR. Te advierto que he dejado solo el almacén por venir.

ANGEL Gracias, hombre.

MAR. La verdad, chico; ya sabes que no soy amigo de visiteos, pero tratándose de vosotros...

ANGEL Ya lo sé, ya lo sé.

MAR. Tienen ustedes que dispensar a mi esposa, porque no la es posible venir hoy.

LOLA ¿Qué la pasa? ¿Está mala?

MAR. No, señora; ella no. La nuera que ha salido anoche de su cuidado.

CONCHA ¿Y cómo está?

MAR. Está bien.

ANGEL Por fin, ¿han sido uno o dos?

MAR. Chico. ¿Ven ustedes que parecía que iba a venir una procesión? Pues uno y así. (Seña-

lando el tamaño de la mano desde la muñeca.) ¡Lo que hace la naturaleza!

CRIADO La señora Baronesa de Puerto Viejo.

(Entra la Baronesa.)

LOLA ¡Oh, Baronesa!

BAR. No se muevan ustedes.

(Saludos de rúbrica.)

LOLA Siéntese usted aquí.

CAR. Muchas gracias por su obsequio; es de muy buen gusto.

CONCHA Muy bonito, muy bonito.

BAR. ¿De veras les ha gustado?

CAR. Mucho, es muy lindo.

BAR. Pues creí que no te iba a poder mandar nada; porque, lo que pasa, lo dejé para última hora, y ayer tarde, cuando iba a salir de compras, me tuve que meter en la cama.

LOLA ¿Cómo fué eso?

BAR. Ustedes no saben. ¿A ustedes no les impresionó el temblor de tierra?

CONCHA Aquí no sentimos nada. Ni siquiera nos enteramos.

LOLA La cocinera únicamente lo notó. Dice que estaba ayudando al hombre que trajo el carbón a dejar un saco en el suelo y se la movió todo en la cocina.

BAR. Pues a mí no saben ustedes. Me fuí a asomar al balcón, y de pronto empieza a moverse la casa de enfrente. Me dió un mareo que tuve que meterme dentro, y entonces caí en una *chaise-longue*. Gracias a que estaba mi primo, y entre él y los criados me llevaron a la cama. ¡Qué miedo pasé!

LOLA Es horrible.

ANGEL Y lo raro es que se sientan en Madrid esos temblores. Yo, si no lo hubieran dicho los periódicos, no lo hubiera creído.

MAR. Para terremotos, allá en Santiago de Chile. (A don Angel.) ¿Te acuerdas? Nos cogió uno a éste y a mí...

LOLA (Impaciente) ¿No quieren ustedes fumar? ¿Por qué no pasan ustedes al despacho?

ANGEL Sí, ¿vamos?

MAR. Yo ya no fumo; me quité del vicio. Pues estábamos fregando los cristales del escaparate éste y yo.

LOLA No hable usted de terremotos, que me pongo muy nerviosa.

ANGEL ¿Jugamos una partidita de carambolas?

MAR. Bueno; pero a cincuenta nada más, que he dejado la tienda sola.

(Al tiempo de salir entra Rafael.)

ESCENA VI

DICHOS y RAFAEL

ANGEL Amigo Rafael.

RAF ¿Cómo está usted, don Angel?

ANGEL Bien, gracias.

RAF. Felicidades, Lina.

ANGEL ¿Usted trabaja mucho ahora?

RAF. Sí, trabajo bastante.

ANGEL ¿Tenemos exposición este año?

RAF Sí, señor.

ANGEL ¿Y qué, vamos por la primera medalla?

RAF. A eso aspiro. Tengo bastante esperanza en la obra.

CONCHA ¿Qué presenta usted?

RAF. Un cuadro grande Es un asunto ya muy tratado, pero creo darle cierta novedad.

ANGEL ¿Qué asunto es?

RAF. El rapto de las sabinas.

LOLA ¡Uf! ¡Qué título más feo! Me recuerda una cocinera que tuvimos en casa que se llamaba Sabina. La tuve que echar por sucia.

RAF. Sí, es un recuerdo desagradable. Yo espero que los señores del Jurado no habrán tenido cocineras de ese nombre.

ANGEL (A Rafael.) Pues sí; el cuadro de usted... yo no entiendo de estas cosas, ¿eh?, pero, vamos, creo que debería usted haber elegido otro asunto más... nuevo.

RAF. No hay asuntos nuevos, don Angel. Lo nuevo es siempre el procedimiento. He elegido ese asunto porque se presta para lucirse un artista; precisamente porque han sido grandes artistas los que lo han tratado ya.

ANGEL Sí, yo no recuerdo en este instante el asunto ese; pero, vamos, cuando usted lo ha elegido...

RAF. Se presta mucho para hacer unos buenos estudios del natural y tiene un ambiente de poesía...

ANGEL Ya salió la palabreja. Están ustedes envenenados con eso de la poesía.

MAR. Ganas de perder el tiempo. Si yo fuera Gobierno, la prohibiría.

RAF. Lo creo.

JOS. Afortunadamente no es usted Gobierno. ¿Qué sería del mundo si no existiese el arte, la poesía.

BAR. Yo encuentro que hay una gran decadencia en poesía. ¿No les parece a ustedes?

CAR. En España, sobre todo.

ANGEL Yo no entiendo de estas cosas, ¿eh? Pero para mí, desde que murió Víctor Húgo...

LOLA ¡Ah! ¿Pero ha muerto Víctor Hugo?

CAR. ¡Mamá, por Dios!

LOLA Hija, no me he enterado.

CAR. A mi juicio, la única poesía hoy es la inglesa.

RAF. Yo no puedo apreciar la belleza de esa poesía, porque desconozco el inglés; pero crea usted que en España tenemos también poetas exquisitos. (A Carolina.) ¿Ha leído usted...?

CAR. No me pregunte usted por ningún poeta español ni antiguo ni moderno.

JOS. Pues en todo tiempo los ha habido buenos.

LOLA Aquellos versos de *Don Juan Tenorio* y *La almoneda del diablo.*

MAR. Mire usted, en Chile...

LOLA (Atajándole.) ¿Pero no jugáis ya al billar?

ANGEL Sí, vamos; como llegó Rafael...

RAF. Por mí no lo dejen ustedes.

ANGEL ¿Usted no juega?

RAF. No, no; muchas gracias.

ANGEL Pues vamos nosotros, ¿eh?

MAR. Vamos. Con su permiso.
(Salen.)

ESCENA VII

DICHOS, menos DON ANGEL y DON MARIANO

LOLA ¡Qué hombre más ordinario!

RAF. Por desgracia son muchos los que piensan como él. No comprenden la importancia del arte.

CAR. Ni la utilidad. Ya ve usted el dibujo que ha

hecho usted para mi tapiz. Apropósito, Baronesa. Voy a tener el gusto de enseñar a usted un tapiz que estoy haciendo con arreglo a un modelo que me ha pintado Rafael.

BAR. ¡Ah! Entonces debe de ser muy bonito.

RAF. Gracias, Baronesa.

LOLA Enséñeselo a la Baronesa. Todavía no está acabado.

CAR. Es precioso, verá usted. ¿Quiere usted venir al telar?

BAR. Vamos.

CAR. (Bajo a Josefina.) Tú quédate. (A Rafael.) Usted lo conoce de sobra.

RAF. Sí, claro.

JOS. Yo lo vi ayer.

(Salen)

ESCENA VIII

JOSEFINA y RAFAEL

RAF. Indudablemente, los artistas estamos en desgracia.

JOS. Así parece.

RAF. Estas gentes de dinero no sienten el arte ni conceden a los artistas ningún valor social.

JOS. Hacen bien.

RAF. ¿También usted? Yo la creía a usted de los nuestros.

JOS. ¿Porque no tengo dinero?

RAF. Porque es usted artista.

JOS. ¡Válgame Dios! Una pobre profesora de piano.

RAF. Una concertista admirable.

JOS. No diga usted eso. La galantería tiene sus límites.

RAF. Pero la sinceridad no debe tenerlos.

JOS. Es usted amabilísimo.

RAF. Soy un entusiasta admirador de usted. Y no sólo como artista.

JOS. Decididamente viene usted galante esta tarde.

RAF. No confunda usted los términos. Es verdadera admiración. Una mujer como usted, que se ha educado en un ambiente de ele-

gancia y de riqueza, que pertenece a una familia que ha ocupado siempre una posición brillante, de la que ha descendido por circunstancias desgraciadas, y que en vez de esperar orgullosamente a que alguien la reponga en su antiguo estado, se entrega a la lucha por la vida, resignada y contenta, es un caso poco frecuente en nuestra sociedad. Su temple moral, su clara inteligencia y su alma sensible de artista son cualidades que interesan y suscitan la más entusiasta admiración.

JOS. ¡Pobre de mí! ¡Y yo tan ajena!...

RAF. ¿No se lo ha dicho a usted nadie?

JOS. Nunca... hasta hoy.

RAF. Lo dudo.

JOS. Se lo aseguro a usted.

RAF. Entonces es que los hombres no saben apreciar el verdadero mérito.

JOS. ¿Quién sabe cuál es el verdadero mérito?

RAF. El de usted. ¿No ha tenido usted novio nunca?

JOS. No, señor.

RAF. ¿Pero es posible que una mujer tan interesante como usted haya podido pasar inadvertida.

JOS. ¡Hombre! Tanto como inadvertida no digamos. Algunos se han fijado en mí, pero... han pasado de largo.

RAF. Han hecho mal.

JOS. ¿Por qué? ¡Hay tantas mujeres como yo!

RAF. Muchas menos de las que usted supone.

JOS. ¡Lástima que todos los hombres no piensen como usted.

RAF. ¿Echa usted a broma lo que digo?

JOS. ¿Voy a tomarlo en serio?

RAF. ¿Por qué no? Una mujer de las dotes de usted: bonita, elegante, culta, inteligente...

JOS. Y sin una peseta. No deje usted de añadir esa dote, que es muy sugestiva para los pretendientes.

RAF. Verdaderamente los hombres han perdido el sentido moral.

JOS. Y lo han sustituído por el sentido práctico. Consuélese usted pensando que ellas han hecho lo mismo.

RAF. Ha dicho usted eso con un tono de desprecio.

Jos. Lo ha interpretado usted mal. Precisamente yo disculpo a los que pretenden enriquecerse con el matrimonio. Sé por experiencia que la lucha por la vida es cada vez más difícil, y comprendo que haya gentes que renuncien a la lucha. ¿Para qué trabajar y afanarse por ganar el sustento y hacer un capitalito que asegure nuestra vejez, si hay tantas fortunas ya hechas que se pueden obtener nada más que con fingir un poco de amor?

Raf. Es una cruel ironía.

Jos. No lo es, aunque lo parezca. Le digo de veras que comprendo y disculpo a esos pobres, verdaderos pobres de espíritu, que se acobardan y buscan la salvación de su vida en un hogar ya formado donde nunca falte el pan. Los disculpo y los compadezco también porque ellos no sabrán nunca lo que es el placer de triunfar con nuestro propio esfuerzo, sin traicionar jamás nuestros sentimientos ni humillar nuestro corazón.

Raf. Siga usted hablando, que es un consuelo muy grande el oir esas palabras en labios de una mujer.

Jos. Quizás esté diciendo cosas que a usted le parezcan sin fundamento.

Raf. Al contrario. La oigo a usted con el espíritu atento y recogido.

Jos. Hablo así porque ya estoy harta de oir decir a mi alrededor que debemos ser prácticos en la vida. Y en nombre de ese principio se desdeñan los sentimientos que sólo tienen un valor ideal. Da pena ver una juventud, que debiera ser brío, entusiasmo y pasión, acallando los impulsos generosos de su alma, para escuchar la voz de un egoísmo frío y razonado. ¡Si yo fuera hombre!

Raf. No lo permita Dios. Está usted muy bien con la forma actual.

Jos. Muchas gracias. Se burla usted de mis teorías.

Raf. No, señora. Tan lejos estoy de burlarme, que estoy absolutamente conforme con todo lo que usted ha dicho, hasta el extremo de que al oirla me parecía que oía mis propias ideas casi con las mismas palabras con que yo las hubiera expuesto.

JOS. ¿Es también esa su opinión?

RAF. En absoluto.

JOS. Entonces... ¿Cómo ha claudicado usted?

RAF. ¿Yo? ¿Cuándo?

JOS. ¿No pretendía usted a Carolina?

RAF. ¿Y usted supone?... Crea usted que si esa sospecha procediera de otra persona la hubiera contestado en la forma que merece.

JOS. Perdone usted mi indiscreción. Como dijo usted que estaba de acuerdo con mis ideas, creí que había usted rectificado su propósito. No he dudado nunca de la rectitud y nobleza de sus intenciones.

RAF. No ha dudado usted y me considera capaz de una impostura.

JOS. No, señor. Pero le considero capaz de equivocarse. Repito que estoy segura de su buena fe.

RAF. ¿Entonces, dónde está la equivocación?

JOS. Permita usted que me calle. Si se lo explico se va usted a enfadar más.

RAF. La prometo no enfadarme, diga usted lo que diga. Tengo curiosidad por saber lo que piensa usted de mí en este caso concreto.

JOS. Se lo diré con toda sinceridad. Pienso que es usted un equivocado. Carolina es una muchacha bonita, rica y elegante. Al conocerla, empezó usted a pensar en la conveniencia de un matrimonio como ese, y de tanto pensar en ello ha llegado usted a creer que la quiere. Afortunadamente, el cariño de usted está más en el cerebro que en el corazón.

RAF. He prometido a usted no enfadarme, pero no puedo menos de hacerla notar que vuelve usted a ofenderme suponiendo en mí los más abyectos planes. ¿Acaso cree usted que al pretenderla no lo hacía yo con la convicción de que aportaba al matrimonio un caudal infinitamente superior al suyo? Pues qué un hombre con talento, noble, honrado y con ansias de gloria para glorificar la vida de una mujer, ¿no equivale a la más cuantiosa dote?

JOS. Tiene usted razón. Pero las muchachas «bien»—como se dice ahora—no piensan así. El caso de Carolina lo vería usted multiplicado hasta el infinito.

RAF. ¿El de Carolina?

JOS. Entre un artista y un ingeniero, todas se quedarían con el ingeniero.

RAF. Bueno, pero ¿qué quiere usted decir? ¿Cuál es el caso de Carolina?

JOS. ¿Pero no se ha enterado usted?

RAF. ¿De qué?

JOS. De la preferencia de Carolina.

RAF. ¿Por quién?

JOS. ¿Está usted ciego? Por Justo Azcoitia.

RAF. ¿Son novios?

JOS. ¿Qué le estoy a usted diciendo? Que en nombre del sentido práctico se ha decidido por Azcoitia.

RAF. ¿Es que le ha parecido de más duración, como las telas?

JOS. No. Que le ha parecido más práctica la profesión de ingeniero industrial.

RAF. ¡Ah, vamos! Por si se estropea el automóvil o hay que instalar el termosifón o algo así, ¿no?

JOS. No me ha dicho en qué forma piensa utilizar los servicios de su marido.

RAF. Perdone usted, es que me resisto a creerla. Comprendo que Carolina prefiera a otro por sus condiciones personales, porque la guste más que yo... pero rechazarme sólo por ser artista, sólo por tener la garantía de que en mí hay un alma... No lo acabo de creer.

JOS. Veo que no conoce usted bien el corazón de estas mujeres.

RAF. ¿Cualquiera otra en su lugar?

JOS. Haría lo mismo.

(Pausa breve.)

RAF. ¿Y usted también?

JOS. Este no es el momento de hablar de mí.

(Pausa. Rafael queda pensativo. Josefina le contempla cariñosamente.)

ESCENA IX

TODOS, menos DON ANGEL y DON MARIANO

BAR. (A Rafael.) Le felicito por el dibujo. No me había equivocado, no.

RAF. Muchas gracias, es usted muy amable.

CAR. Le ha gustado mucho.

BAR. De verdad, mucho; el dibujo y la labor, por supuesto.

LOLA Ya ve usted. Y habrá gente cursi que encuentre ordinario eso de hacer una alfombra.

BAR. No se hace caso de eso. Conque, doña Lola, me retiro.

CONCHA ¿Tan pronto?

BAR. Sí, ya es muy tarde y aún tengo que felicitar a Carola, la cuñada de mi hermano.

CONCHA ¿No quiere usted una taza de té?

BAR. Gracias. Les prometí tomarlo con ellos.

LOLA Pues lo siento, porque como ahora es moda no dar nada hasta la hora del té...

BAR. Es lo mismo. ¡Lina! Te repito mi felicitación... por todo. Creo que has elegido bien.

CONCHA Dios lo quiera.

LOLA Parece buen muchacho.

BAR. Vaya, adiós.

(Se despide de Josefina y Rafael. Salen todos menos éstos.)

ESCENA X

JOSEFINA y RAFAEL

JOS. ¿Y ahora qué dice usted? (Silencio de Rafael.) ¿En qué piensa usted?

RAF. En mi estudio. En lo hermoso que sería vivir encerrado en un estudio sin ver más vida que la del jardín vecino contemplado por los ventanales. Y allí trabajar, trabajar siempre, consagrándose al arte con toda la devoción del alma...

JOS. ¿Sin volver a recordar?...

RAF. No siga usted, Josefina, yo se lo ruego. Todo cuanto usted dice me hiere dolorosamente.

JOS. ¡Sí, la quería usted!

RAF. Adiós. Aprovecho este momento para marcharme. Aun estarán en la puerta y así no les molesto.

JOS. Ni me oye usted a mí.

RAF. Es verdad. No quiero oirla, porque en estos instantes es la voz de usted como la voz de mi propia conciencia. Perdone usted... Ya pasará.

JOS. (Triste y pensativa.) ¡Adiós! (Sale Rafael. Josefina se sienta pensativa. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa un lujoso estudio de pintor. Al fondo, un amplio ventanal se abre sobre un jardín. A la izquierda, puerta sobre la escalera de servicio. A la derecha comunica con las demás habitaciones del hotel.

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA y RAFAEL

Josefina, con un blusón, aparece pintando sobre un lienzo unas flores que copia del natural. Rafael se dispone para salir

JOS. ¿Qué te parece?

RAF. Bien, muy bien. Has conseguido dar calidad a los colores. Esas rosas tienen una transparencia muy delicada...

JOS. (Asomándose a la ventana.) ¿Han gritado?

RAF. No, mujer; habrá sido en la calle.

JOS. ¡Ama! No se acerque tanto al estanque. (Con exaltado júbilo.) Mira, Rafael, asómate. Mira Rafaelín en cuanto ha conocido mi voz... ¡Rafaelín!... ¡Rico!... ¡Uy, qué salado es!... ¡Ama, no ande usted mucho por el sol!... (Retirándose de la ventana.) ¡Qué hermoso día! Luego voy a coger unas ramas de almendro. Voy a hacer una alegoría de la primavera. ¿Te parece bien?

RAF. Muy bien. ¿Qué quieres que te diga?

JOS. ¿Qué hora tienes?

RAF. Las diez menos cinco.

JOS. ¿Y a qué hora viene Carolina?

RAF. A las once.

JOS. Te ruego que no faltes.

RAF. No; tengo tiempo de ver al Ministro y estar aquí a esa hora.

JOS. Ya sé que vendrás puntualmente. ¡Si se tratara de otra clase de trabajo!

RAF. ¿Vas a suponer que tengo algún interés especial por Carolina?

JOS. No, no. No digo nada.

RAF. Para mí, Carolina, aparte de la amistad que contigo tuvo siempre, no merece más consideraciones que las que otorgo a cualquiera otra persona que me hace un encargo.

JOS. Pero tú no quisiste nunca hacer retratos a nadie... a pesar de que lo ha pretendido mucha gente.

RAF. Y no quiero hacerlos. He accedido a la pretensión de Carolina porque es una antigua amiga tuya. No me pareció bien negarme... Acepté el encargo en obsequio a ti...

JOS. ¿A mí? Pero si yo no supe nada hasta que vino a posar... Si es una amiga hacia la que nunca sentí gran cariño. Si hacía dos años que yo no la veía ni sabía nada de ella... ¡Bah! Di que te ha dado la gana de hacerlo por razones que tú sabrás y no vengas ahora excusándote conmigo.

RAF. Te aseguro que fué una galantería que sentí, pensando en ti nada más.

JOS. Pues conmigo estabas cumplido. Pero en fin, dejemos esto ya, que no quiero violentar tu secreto.

RAF. No hay secreto ninguno. Se te ha puesto a ti en la cabeza la idea de que yo tengo interés por Carolina...

JOS. ¿Te he dicho algo nunca?

RAF. Pero lo conozco. Y me alegro que hayas tocado ese punto porque... no soy yo solo quien lo ha notado.

JOS. ¡Ah! ¿También ella?

RAF. Ella no ha dicho nada. Pero se queja con razón de que no la tratas con la misma efusión que antes. Unicamente ha apuntado el temor de que un hecho tan inocente como el de hacerse retratar por mí pudiera inspirarte celos.

JOS. Desde luego que si la retratara Sorolla me

tendría más sin cuidado: pero no porque seas tú he de sentir celos. ¡Qué más quisiera ella!

RAF. No digas tonterías. A ella no le importa nada. Yo quiero convencerte...

JOS. Bueno, bueno; déjate de discursos inútiles. Se te va a hacer tarde y peligra la visita del Ministro. Anda, vete ya.

RAF. Es que no quiero marcharme sin demostrarte...

JOS. Mira, al pasar por el jardín, le das hoy un beso más a Rafaelito. Con eso me satisfaces más que con todas tus explicaciones por elocuentes que sean... Y di al ama que no se vaya al sol... que ya se lo he dicho hoy tres veces.

RAF. Bueno... pero no seas celosilla, ¿eh?

JOS. ¡Quiá! Ya sabes que siempre te dejo en completa libertad. Tú verás lo que haces. (Se despiden amorosamente. Se va Rafael y Josefina permanece en la ventana hasta que se supone ha desaparecido de su vista. Desde la ventana.) Que los cuente yo. ¿Cuántos has dado, cinco? Pues ahora yo cinco mil... (Le tira muchos besos, prodigándole palabras de amor.) ¡Rafaelín!.. . ¡Vida!... ¡Riquito mío!...

(Entra la doncella.)

ESCENA II

JOSEFINA y GLORIA

GLORIA Señorita. Ya estoy aquí.

JOS. ¿Ha terminado usted el arreglo de las habitaciones?

GLORIA Sí, señorita.

JOS. Ya se figurará usted para lo que la llamo.

GLORIA No, señorita.

JOS. Pues yo se lo diré a usted. Me parece muy natural que tenga usted novio.

GLORIA Sí, señorita.

JOS. Bueno. Y también me parece muy natural que quiera usted estar con él la mayor cantidad de tiempo posible.

GLORIA Sí, señorita.

JOS. Pero lo que ya no me parece natural es que los días de trabajo se pase usted las horas

muertas hablando con él. Para eso hay cada semana un domingo.

GLORIA — No, señorita.

JOS. — ¿Que no hay un domingo?

GLORIA — Quiero decir que yo no me estoy las horas muertas como la señorita dice: porque ya comprenderá la señorita que mi novio tiene que trabajar a esas horas. Esos son cuentos que la cocinera trae a la señorita porque la cocinera es una envidiosa y además está enfadada con mi novio.

JOS. — ¿Por qué está enfadada?

GLORIA — Porque mi novio es *desinfetante,* ¿sabe la señorita?

JOS. — ¿Desinfetante?

GLORIA — Sí, señorita; es de esos que van a desinfetar a las casas. Y ayer tarde, mi novio, que es muy de bulla, por gastarla una broma, fué y la dijo no sé qué de fumigar. Ella se echó a reir y va y dice: A esta pué que la haga más falta que a mí, porque ha tenido un novio cochero en las Pompas fúnebres y quién sabe, tóo se pega. Cuando ha de saber la señorita que la que tuvo un novio cochero de una funeraria fué ella y la tuvieron que despedir de la casa en que servía, porque como vivían al final de Goya y se pasaba el día en el balcón, su novio paraba allí todos los entierros, y había veces que bajaba de los coches el acompañamiento creyendo que el duelo se despedía allí.

(Josefina sonríe.)

JOS. — Bueno, entreteniéndose poco tiempo no diré nada. Además, procure usted no acercarse mucho cuando hable con él, porque luego vuelve usted con un olor...

GLORIA — Si es por lo del olor, bueno; pero por lo demás se puede una arrimar sin miedo ninguno: es muy decente. Créame la señorita, que entre el novio de la Leonarda y el mío, yo me quedaría siempre con el mío.

JOS. — Es más natural.

GLORIA — Y más guapo.

JOS. — Y más higiénico.

GLORIA — Y tiene muy buenas maneras para tratarla a una. Ya ve la señorita si yo estaré acostumbrada. Tengo veintitrés años y desde los catorce no he podido vivir sin novio. Ha

habido año que he tenido cinco, pues casi todos han sido estudiantes y chicos del comercio muy bien educados, no vaya a pensar la señorita. Eso sí, ninguno me ha tocado al pelo de la ropa, en buena hora lo diga, porque no quita que a una la guste divertirse para que una sea honrada y se haga respetar, puede creerme la señorita.

JOS. Lo creo, porque cuando tan poco tiempo la ha durado a usted cada novio...

GLORIA ¡Ah, los he despachado yo siempre! (Llaman a la puerta de servicio.)

JOS. Vea usted quién es.

GLORIA (Abre la puerta y vuelve diciendo.) Es el modelo.

ESCENA III

DICHOS y JOAQUIN

JOAQ. (Entra detrás de Gloria.) Buenos días, señorita.

JOS. Hola. ¿Es usted? No está en casa el señorito.

JOAQ. (Mozo de cuerda que viene borracho. Rascándose la cabeza.) Caramba, caramba, y la señorita desimule esta expresión.

JOS. ¿Quería usted hablar con él?

JOAQ. Sí, señorita; a eso venía. (Se tambalea un poco.)

JOS. Malo, Joaquín, malo. Ya ha vuelto usted a emborracharse. ¿No le he dicho a usted que mientras se emborrachase no volviera por aquí?

JOAQ. Pero, señorita, si cuasi que lo he probao. Es que m'encontrao en la calle con un amigo que se l'ha muerto su mujer la semana pasá y... ya se sabe lo que son las vesitas de pésame. Que si la defunta era así... Que no me digas cómo era. Que naide sabe el fondo que tenía... Que si friyendo patatas era una moto... Que como había que verla era metía en harina, ecetra, ecetra... Y medias por aquí... y otras medias por abajo...

JOS. Y una merluza entera. Con el daño que le hace a usted el alcohol y no hay manera de quitarle ese vicio.

JOAQ. No, señora; si no es vicio. Ya sabe la señorita que cuando trabajaba aquí de modelo, me pasaba el día sin probar gota.

JOS. Sí, pero en cuanto llegaba la noche...

JOAQ. Es que en el invierno no sabe la señorita lo que'es meterse en un hogar como el mío, muy honrao, eso sí, pero que le huele el aliento de frío q'hace. Y por ainda se trompieza usté con una mujer como mi señora y usté dispense que la llame así, muy honrá también, gracias a Dios, pero que la gusta el vino qu'es una burrada cómo me se pone. Y claro, si uno no se pone a tono...

JOS. De manera que usted se emborracha por conservar la armonía en el matrimonio?

JOAQ. Ná más que por eso. Y no crea la señorita que m'emborracho siempre, vamos al decir. *S'alcoliza* uno un poco y ná más.

JOS. ¿Y a usted le parece bonito eso? ¿Un hombre borracho a la edad de usted? ¿Quién le va a dar a usted trabajo? ¿Quién le confía a usted un encargo?

JOAQ. Naide, señorita. Hay días que no saco pa unas malas alubias.

JOS. Y en cambio es usted la irrisión de las gentes. Los chicos le torean y hacen befa de usted, de sus canas...

JOAQ. Eso es lo que más m'endina: Que los chicos hagan... bofe de mis canas.

JOS. Empieza usted por no hacerse respetar.

JOAQ. Si es que cuando va uno a darles el capón ya han ahuecao. Miste qué señal por quererme hacer respetar.

JOS. ¿Es de un chico?

JOAQ. Es d'un pedrusco.

GLORIA Ahí se le ve otra señal.

JOS. Será de otro adoquín.

JOAQ. Sí, señora; mi cuñao: que dialoguemos l'otro día.

JOS. Qué desdichado es usted.

JOAQ. (Lloriqueando.) Sí, señorita; soy muy desgraciao. Créame la señorita que muchas veces si no *fuá* pensando en que s'ha de morir uno por las güenas, ya m'había quitao d'enmedio. No sabe la señorita cuántas porquerías hay en la vida de uno .. sin un medio cacho de pan muchos días, sin un medio abrigo.

GLORIA Y sin un medio chico de vino, ¿eh?

JOAQ. Yo quisiera que el señorito no pintase más que viejos.

Jos. ¡Pobre hombre! (A Gloria.) Dele usted un par de reales si tiene ahí.

(Gloria se los da.)

Joaq. Dios se lo pague a la señorita.

Jos. Ahora a ver si lo gasta usted en vino para acabar de cogerla.

Joaq. No, señora; palabra d'honor que no bebo más.

Jos. Hará usted bien, porque ya lleva usted bastante en el cuerpo..

Gloria Me parece a mí que esta noche le dan a usted el amoníaco.

Joaq. ¡Maldita sea! ¿Pa qué lo ha nombrao usté? (Le da hipo.)

Jos. (Severa.) ¿Qué es eso?

Joaq. Desimule usted, señorita; pero es que en cuanto me nombran el moníaco. (Hipa.)

Jos. ¡Ah, pues váyase usted en seguida, ande, ande!

Gloria (Llevándosele) Vamos, salga usted.

Joaq. No... quie... nada... la...

Jos. Nada; ande, ande.

Gloria Ande, no nos vaya usted a infestar.

Joaq. No... adiós... señorita. (Se le caen las cuerdas, intenta cogerlas y no puede.)

Jos. Adiós. (A Gloria.) Cójalas usted y déselas.

Joaq. Que... Dios se lo pague.

Jos. Acompáñele usted hasta la misma puerta de abajo, ¿eh? (Salen.)

Joaq. (Dentro.) No se moleste usted.

Jos. Qué calamidad de hombres. (Vuelve Gloria.) ¿Ha salido ya?

Gloria Sí, señorita. Menos mal que está cerca la puerta de la calle.

Jos. ¡Qué maldito vicio!

Gloria Ya, ya. ¿Manda algo la señorita?

Jos. Nada.

(Sale Gloria.)

ESCENA IV

JOSEFINA y CAROLINA

Gloria (Desde la puerta.) Señorita. La señora de Azcoitia.

(Entra Carolina.)

Car. ¿Qué tal estás, rica?

JOS. Bien, ¿y tú? (Se besan.)

CAR. Bien. ¿Estás sola?

JOS. Sí; Rafael ha salido; pero vuelve en seguida. ¿Si no te molesta esperar?

CAR. Mujer, qué cosas dices. Yo sí que sentiría importunarte.

JOS. De ninguna manera.

CAR. Pues sigue trabajando y así estaré más tranquila. (Mirando al lienzo.) Veo que estás hecha una artistaza.

JOS Quiá, no vale la pena. No es más que enredar... por acompañar a Rafael. Se empeñó en decir que yo reunía grandes condiciones y ha conseguido que me sienta artista. Ya seguiré otro rato. (Se quita el blusón.)

CAR. Por mí no lo dejes... Y eso que tengo grandes deseos de charlar contigo, porque desde que vengo a posar con tu marido apenas hemos hablado, y cuidado que hacía lo menos dos años que no nos veíamos. Casi desde que nos casamos nosotros.

JOS. Es verdad, y con haberos ido a vivir a Barcelona...

CAR. Tú has sido tan ingrata que no has querido hacernos una visita.

JOS. Ya sabes que no he podido. Si tú vieras lo que entretiene una criatura. Hasta que Rafaelín sea mayorcito no puedo ir a ninguna parte.

CAR. Le he visto al entrar, está monísimo. ¡Qué encanto de niño!

JOS. Está muy hermoso. ¿Vosotros no habeis querido imitarnos?

CAR. Yo sí; fué Justo quien no lo encontró práctico. Ahora ya nos hemos acostumbrado muy bien.

JOS. ¿Ha quedado en Barcelona?

CAR. ¿Justo? Va y viene. Yo no podía arreglarme a vivir fuera de mis Madriles, como dice la gente del pueblo.

JOS. ¿Y prefieres estar separada de tu marido?

CAR. Es a temporadas nada más. A él también le conviene estar solo, porque tiene mucho trabajo y las mujeres no servimos más que para distraer y estorbar a los maridos.

JOS. No todas.

CAR. Perdona, no he querido incluirte. Ya sé que tú laboras con el tuyo y le animas... Dice

que trabaja mucho más y mejor cuando tú estás a su lado.

JOS. ¿Te ha dicho eso?

CAR. Con un entusiasmo loco. Dice que compartes con él todas sus inquietudes y afanes, y que de la gloria que él conquista mereces tú la parte más brillante. ¡Qué felices debeis de ser! ¡Cómo os envidio!

JOS. ¿Tú no eres feliz?

CAR. ¿Yo?... Sí. No puedo quejarme. Justo es bueno y cariñoso conmigo, es un hombre trabajador... Nunca se opone a mis deseos... pero...

JOS. ¿Pero... qué?

CAR. No sé explicarme. Pero falta algo entre nosotros... algo que debe de ser... esa íntima comunión de ideas con que vosotros vivís. Coincidís en un mismo ideal de vida y sentís el mismo amor hacia él. Eso es muy raro. Es muy difícil, que como a vosotros os ocurre, se unan en matrimonio dos seres que amen las mismas cosas con los mismos amores... Os habeis juntado dos entusiastas del arte y vuestras vidas son ya una sola..

JOS. Te engañas, Lina. Yo no era tan entusiasta del arte antes de conocer a Rafael. Yo era como todas, una mujer de aparente frivolidad, pero con un gran fondo de sentimentalismo. Amé a Rafael y Rafael me hizo amar todo lo que él amaba. Si en vez de ser artista hubiera sido un hombre de ciencia, tengo la seguridad de que me habría pasado la vida en su laboratorio al cuidado de retortas y crisoles o trazando líneas y números sobre su mesa de trabajo. Eso es, tal vez, lo que falta en tu matrimonio. No basta amar a nuestro marido, es preciso amar también su profesión, porque en ella está la verdadera lucha por la vida y para luchar y vencer hacen falta entusiasmos y amores que nadie como su propia mujer le puede proporcionar.

CAR. Ya sabes que precisamente por su profesión es Justo mi marido. Por ser ingeniero lo preferí a los demás

JOS. No hay que confundir. Una cosa es gozar la honorabilidad de una profesión que la sociedad considere distinguida y otra cosa es compartir la vida intelectual de nuestro ma-

rido sea cual fuese su profesión. Lo malo' justamente, es que la mayor parte de las mujeres hace como tú; elije primero la profesión y luego el hombre: El sentido práctico así lo aconseja. No consideran que lo verdaderamente práctico es amar antes al hombre y luego hacer surgir de su profesión un ideal de vida que los una eternamente.

CAR. Eso es muy bonito cuando el hombre es un artista y la mujer sabe pintar flores; pero figúrate, que es un veterinario, por ejemplo. ¿También su mujer se va a poner a estudiar las enfermedades de las caballerías? Vaya un ideal de matrimonio:. curar burros. Sí que es poético un matrimonio así.

JOS. Ya lo creo. Tú no atiendes más que a la externà consideración conque el vulgo juzga las cosas y no ves la íntima poesía de todas las profesiones. ¡Curar burros! Pues, que; al fin y al cabo ¿no es aplacar los dolores de unos séres que sufren?

CAR. Bueno, Josefina; te has puesto muy transcendental.

JOS. No era esa mi intención. Sólo he tratado de explicarte el secreto dela felicidad que tú me envidias. Para demostrarte que *en tu propia casa* puedes hallarla si eres honrada y tienes talento...

CAR. He de advertirte que nunca la busqué fuera de mi casa. En ella tengo todo lo necesario para ser dichosa.

JOS. Te lamentabas de la falta de idealismo en tu vida y yo quería convencerte de que no es *únicamente entre los artistas* donde puede encontrarse.

CAR. Te equivocas mucho si piensas que alguna vez pretendí encontrarlo entre ellos. Yo creí que encargar un retrato a tu marido pagando mi tributo a su justa fama, no sería un hecho que excitara los celos de una amiga antigua que yo siempre distinguí.

JOS. No temas. Risa únicamente puede producirme la que quiera quitarme el cariño de Rafael. ¿Celos yo? ¿De quién? Ninguna más que yo hay digna de la grandeza de su alma. Su amor sólo puede ser mío. Lo demás serán devaneos, pasatiempos, en que él goce la humillación de una mujer que le entregue

en cambio su honor y el honor de toda una familia.

CAR. ¿Tan segura estás de ti misma?

JOS. Segurísima. Desafío a todas las que quieran intentarlo.

CAR. No me mires así, que no soy yo quien acepta ni quien pensó jamás en provocar tu reto.

JOS. Ya lo supongo.

CAR. Siempre fuimos amigas y no hay razón para que dejemos de serlo. Si al hablar me he referido a ti ha sido primeramente elogiándote y congratulándome de tu dicha, después, para desvanecer toda suspicacia si es que existía alguna por tu parte.

JOS. Ninguna. ¡Cómo dudar de ti! Yo hablaba en general sin referirme a ti para nada. Incidentalmente me he permitido aconsejarte pòrque te quiero de veras. Mi único deseo es verte feliz... y que todo el mundo lo sea. ¡Si hay dichas bastantes para llenar la vida de todos!

CAR. Tal vez tengas razón.

JOS. Créeme, Carolina. (Se asoma a la ventana.) Ya va tardando Rafael.

CAR. No te impacientes. Es que yo he venido hoy con una puntualidad inusitada.

(Entra Rafael.)

ESCENA V

JOSEFINA, CAROLINA y RAFAEL

JOS. ¿Por dónde has venido que no te he visto?

RAF. Tonta, por donde siempre. ¿Qué tal, Carolina? Perdone usted que la haya hecho esperar. ¿Hace mucho que ha venido usted?

JOS. Unas dos horas.

CAR. No haga usted caso. Hace un ratito que vine y como he estado charlando con Josefina ni siquiera me he dado cuenta del tiempo que pasaba.

RAF. ¿Han hablado ustedes mal de mi?

JOS. No tanto como mereces.

CAR. Figúrese usted si con Josefina hay posibilidad de hablar mal de usted.

RAF. Lo cual quiere decir que si hubiera usted hablado con otra persona... acaso...

CAR. ¡Quién sabe!

RAF. Muy bien; me gusta la sinceridad. Pero, en fin, la sola intención no puede castigarse. ¿Tiene usted prisa hoy?

CAR. Así, así.

RAF. Pues vamos a empezar en seguida. A ver si con otra sesión más, terminamos del todo.

CAR. Cuando usted quiera.

(Rafael acerca el diván y prepara el lienzo.)

JOS. Bueno, yo os dejo.

CAR. ¿Por qué? No te vayas.

RAF. Quédate si quieres.

CAR. No, si nunca quiere acompañarnos.

JOS. Es la hora de dar el almuerzo al señorite Rafaelín y como ustedes comprenderán eso es sagrado. Cuando acabeis te prometo otro rato de charla. Hasta luego, Carolina.

CAR. Vaya, pues... adiós.

RAF. Advierte a los criados que no recibo a nadie.

JOS. Ya lo saben. (se va.)

ESCENA VI

CAROLINA y RAFAEL

(Rafael cierra la puerta corriendo el pestillo y vuelve al lado de Carolina, que se ha sentado sobre el diván en la postura del retrato.)

RAF. ¿Usted me permitirá un pequeño descanso?

CAR. ¿Antes de trabajar?

RAF. Es que vengo cansado de la calle.

CAR. Descanse usted todo el tiempo que quiera, pero tenga usted cuidado no sea que alguien vigile su trabajo...

RAF. Nadie vigila. (Va a la ventana.) Josefina está ya con el niño en el jardín. (Vuelve a sentarse.) Vamos a ver, Lina. ¿Ha meditado usted bien sobre lo que ayer la dije?

CAR. Esas cosas no se meditan, porque si seriamente se piensa en ellas, hay que buscar en el diccionario las palabras más duras para censurar al hombre que se atreve a tales prosiciones. O no volver a saludarle, que es más digno todavía.

RAF. ¿Eso quiere decir?...

CAR. Que yo he vuelto y nada le he reprochado.

RAF. Lo que significa que usted accede.

CAR. No, significa solamente... que no he meditado sobre lo que usted me dijo ayer.

RAF ¡Lina!...

CAR. No sea usted niño, Rafael. Piense usted que sería una desgracia horrible para todos. Justo es muy bueno conmigo y no merece una infidelidad... Como tampoco Josefina la merece por parte de usted... Y luego el escándalo tan enorme si las gentes se enteraran...

RAF. ¿Y por qué se había de enterar nadie? ¿Duda usted de mi caballerosidad?

CAR. No, no dudo; pero .. No, Rafael, no piense usted más en eso. Seamos buenos amigos como hasta ahora y no pretenda usted otra cosa. Créame usted: la amistad verdadera es el sentimiento más noble que hay.

RAF. Y esas ansias de amor pasional que usted sentía, ¿qué se hicieron? ¿Ese anhelo hondo de verse amada volcánicamente por un hombre de ardiente fantasía... Uno de esos hombres que hacen del arte una religión y del amor un ídolo... qué se hizo... dónde fué?

CAR. Por Dios, Rafael. No me obligue usted a hablar, yo le suplico... Olvide usted lo que haya podido decir yo en un momento de confidencia, de expansión espiritual.

RAF. ¿Todo era mentido?

CAR. Todo era verdad. Por ser verdad me niego. Por ser verdad tengo miedo de lo que hago y aun de lo que digo. Me asusta pensar lo que sería de mí, si yo hubiese encontrado ese amor.

RAF. ¿Qué podría ocurrir?

CAR. ¡Horrible! No hablemos más. Todavía soy honrada y quiero continuar siéndolo.

RAF. ¿Rechaza usted mi amor?

CAR. ¿Su amor? No rechazo su amor, puesto que no es su amor lo que usted me ofrece.

RAF. Pues, ¿qué es?

CAR. Evíteme usted el compromiso de calificarlo. Es lo que usted quiera llamarlo menos amor. No vale la pena de hacer desgraciados a dos seres, traicionando a un marido y a una amiga de la infancia, para servir de pasatiempo a un hombre poco escrupuloso en cuestiones de conciencia cuando se trata de lances amorosos.

RAF. Me presenta usted como un Don Juan desaprensivo... Como un hombre falso y engañador que solamente destrozando honras puede gozar. No ha sido usted justa al hacer mi retrato. ¿Por qué no ha de creer usted en mi amor?

CAR. Porque con ese amor profundo y pasional que yo anhelaba, sólo puede usted amar a Josefina: lo demás serán devaneos, pasatiempos en que usted goce la humillación de una mujer que en cambio le entrega su honor y el honor de su familia. Estas mismas palabras ha pronunciado Josefina poco antes de venir usted. Ya ve usted si tengo motivos para dudar de sus ofrecimientos de amor.

RAF. No veo las razones. Nada más natural que ella hable así. ¿Quiere usted que Josefina mismo la recomiende?...

CAR. ¡Qué disparate! Es que desgraciadamente no se equivoca. Usted la quiere demasiado.., y lo merece por supuesto... Siga usted queriéndola así... siempre. Eso tal vez sea también mi salvación.

RAF. ¡Lina! Dejémonos ya de evasivas como esas. Usted lo ha dicho antes; estas cosas no se piensan, estas cosas se sienten. Usted se lamentaba del prosaismo de su vida y decía usted que anhelaba un amor ardiente, pasional; un amor que llevara a su alma una ráfaga de idealismo... Yo se lo ofrezco a usted; acéptelo sin vacilaciones y sin pensar en los dolores que pueda producir. No hay placer que no se asiente sobre las tristezas de los otros: la felicidad es como el sol, que descubre con la alegría de su luz las miserias de la tierra.

CAR. Por Dios, Rafael; le ruego que no insista. Presiento amarguras...

RAF. ¿Usted sería capaz de amarme como usted dice que quiere amar?

CAR. Si fueran sinceras sus palabras....

RAF. ¿Qué?

CAR. No me atrevo a decirlo, no me obligue usted a decirlo.

RAF. (Muy amoroso.) Si fueran sinceras mis palabras, yo podría ceñir su busto con mis brazos (Lo hace.) y usted no me rechazaría, ¿verdad?

CAR. (Abandonándose.) Por Dios, Rafael. Es un crimen... es un crimen... (Carolina llora y Rafael retira su brazo.)

RAF. Tiene usted razón. No es muy noble de mi parte.

CAR. Ni de la mía... ¿En qué piensa usted?

RAF. Pienso en algo muy serio, en algo muy grave.

CAR. No me asuste usted. ¿Qué es ello?

RAF. Pienso en la imprudencia mía. Usted me creía un hombre sin escrúpulos de conciencia y de pronto al ver las lágrimas de usted me veo asaltado por un tropel de ideas y sentimientos que me fuerzan a pensar y me obligan a temer...

CAR. ¿A temer qué?

RAF. A temer que arrastrado por la vehemencia de mi amor, no haya calculado bastante los males que a usted la pudieran acarrear.

CAR. ¿Qué males?

RAF. Sería para mí una responsabilidad enorme.

CAR. De las consecuencias de mis actos sólo yo puedo ser responsable.

RAF. Sí; pero yo como inductor... No sé si tengo derecho a sacrificar su bienestar para satisfacer los anhelos de una pasión por honda y noble que sea.

CAR. Si yo acepto el sacrificio...

RAF. Su aceptación no descarga mi culpa.

CAR. Tarde llegan las dudas a usted. ¡Ahora que el daño está hecho!...

RAF. No, todavía no. Aún es tiempo de corregir una ligereza... no, una ligereza, no; un arrebato pasional que yo agradeceré mientras viva, con toda la secreta efusión de mi alma.

CAR. ¿Qué significa todo esto?

RAF. No se ofenda usted, Lina. Sólo por usted y porque en mi amor no hay impurezas de ninguna clase, pienso ahora de este modo. Creo que he sido víctima de una locura que ha estado a punto de ocasionar la desgracia de usted.

CAR. ¿Habla usted en serio?

RAF. Indudablemente. Y espero que usted sabrá justificar mi conducta, perdonando que yo insensatamente haya pretendido...

CAR. ¿Usted se burla? Yo hubiera perdonado su

audacia si después no hubiera usted obtenido... mi conformidad. Ahora es una burla sangrienta la que usted hace de mí, si no es una broma lo que dice.

RAF. Ni es una broma ni es una burla. Es un acto de contrición que usted debe agradecer y que agradecerá sin duda, cuando esta excitación haya pasado.

CAR. Luego todo lo que usted dijo, todos esos amores de que usted me habló, eran embustes que preparaban esta emboscada.. Para vanagloriarse usted pensando en que yo me entregaba a su capricho y usted me rechazó de una manera olímpica... Una emboscada prevenida quizás de acuerdo con Josefina.

RAF. No; ni es emboscada ni Josefina tiene nada que ver aquí. No se excite usted, Lina. Son las propias reflexiones de usted que han llegado a despertar la sensatez en mi ánimo. Usted lo dijo antes: es una locura lo que usted pretende; seamos sensatos, Rafael.

CAR. ¡Ah! El escarnio además.

RAF. Son sus propias palabras y sus lágrimas.... ¿Qué otra cosa querían decir?

CAR. Usted sabe de sobra lo que significan esas palabras y esas lágrimas en trances semejantes, cuando la mujer sucumbe sugestionada por un hombre. No sigamos así, dígame usted claramente a qué obedece ese cambio de actitud, porque si realmente hubiese sido una venganza de usted, no sabría yo sentir tanto desprecio como merece su ruindad.

RAF. Está usted ofuscada, cálmese. Cuando usted se calme, de fijo se alegrará, porque todo haya quedado en una tentativa noble para los dos. Usted olvidará lo pasado y yo viviré con la gratitud de un recuerdo secretamente venturoso.

CAR. No, no haga usted más frases para encubrir su villanía; dígame usted noblemente por qué ha cambiado usted en un instante, dígamelo, porque estoy viendo su bajeza de alma y todavía no lo creo...

RAF. Cálmese usted; va usted a tener una crisis de nervios... ¿Quiere usted que avise a Josefina.

(Carolina le mira con desprecio, y sale airadamente sin contestar. Rafael sonríe triunfante y queda en seguida pensativo.)

ESCENA VII

JOSEFINA y RAFAEL

JOS. (Entra tímidamente y pregunta temerosa.) ¿Qué ha sucedido a Carolina que se ha ido tan disgustada?

RAF. ¿Disgustada? No sé, nada ha sucedido.

JOS. Pues, se ha despedido de mí con una sonrisa tan forzada que me ha dejado inquieta.

RAF. No sé por qué será.

JOS. Sí, lo sabes; dime la verdad, Rafael.

RAF. Ven aquí. Tengo quejas que darte. Tú sospechabas de mí, creías que yo tenía interés por Carolina, y sin embargo, vivías resignada, con una resignación fácilmente confundible con la indiferencia.

JOS. ¡Rafael!

RAF. Sí, todo tu cariño se ha manifestado en unos tímidos brotes de celos que no han conturbado la serena alegría con que vives.

JOS. Lo dices tú. Yo sé bien lo que he sufrido.

RAF. ¿Temiste en serio que yo me enamorase de Carolina?

JOS. Muchas veces.

RAF. Pues tú la manifestaste lo contrario.

JOS. (Ruborosa.) Tal vez.

RAF. ¿Qué la dijiste? Repítemelo.

JOS. No me acuerdo.

RAF. Sí te acuerdas, anda. La dijiste que yo no amaba a nadie más que a ti, ¿verdad?

JOS. Sí, eso dije.

RAF. ¿Qué más?

JOS. No seas tonto. Nada más.

RAF. Sí, algo más añadiste.

JOS. Que solo yo era digna de la grandeza de tu alma.

RAF. Y que...

JOS. Que todo lo demás serían pasatiempos en que tú gozases la humillación de una mujer.

RAF. Eso, eso fué lo que ella me contó.

JOS. (Mirando al lienzo.) ¿Has adelantado mucho el retrato?

RAF. Sí, ya está casi acabado. No falta más que una pincelada que lo borre o una cuchillada que lo rasgue.

JOS. ¿No vuelve más?

RAF. No... ¿Lloras?... Ni un solo momento he dejado de quererte... Seca, Josefina, tus lágrimas... si es que al fluir no alivian el dolor de tu alegría.. Sólo tu amor honrado me da el contento de vivir.

JOS. ¡Rafael!... Rafael mío!... Nunca más... ¿eh?

RAF. Yo te lo juro.

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Semana de Pasión.—Novela.

Cuentos pasionales.

Teatro de amor.

TEATRO

Burla de amor.—Boceto de comedia.

El sentido práctico.—Comedia en dos actos.



Precio: 1,50 pesetas